

La profecía en Madeleine Delbrêl: la música del Espíritu Santo en la vida diaria

Angela Tagliafico

Doctora en teología espiritual, miembro de pleno derecho de la Asociación Teológica Italiana y de la Asociación Europea de Teología Católica, profesora extraordinaria de la Facultad de Teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, profesora titular del ISSR de la misma Universidad, y profesora invitada de la Facultad de Teología de San Buenaventura en Roma.

I. El cristiano escucha la Palabra y la vive proféticamente en el hoy de la Iglesia y del mundo

En el capítulo 11 del Evangelio de Lucas, una mujer grita entre la multitud y atrae la atención de Jesús, proclamando bendito el vientre que lo llevó y los pechos que lo criaron. Pero Jesús responde que, más bien, benditos son todos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica. Esta es, en mi opinión, una respuesta profética de Jesús que conduce a un proceso de cambio de mentalidad, al que, si lo pensamos bien, todo profeta, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, siempre ha llamado.

Jesús responde a la mujer recordándole la libertad y la responsabilidad personal: «Bienaventurados» para Él quienes, libre, voluntaria y personalmente, escuchan la Palabra, la guardan en su corazón y la ponen en práctica. Y el lugar donde los cristianos pueden desplegar su libertad, voluntad y responsabilidad personal es concretamente el tejido de su vida cotidiana, impregnada de los gestos y decisiones de cada día. Es precisamente aquí donde la auténtica profecía cristiana arraiga y cobra forma, en nuestro momento presente, en nuestras actitudes constantes que se desenvuelven en el dinamismo de los días.

Para el bautizado, pues, es en la vida cotidiana donde está llamado a escuchar y poner en práctica la Palabra; es el hoy en el que está llamado a dar su respuesta de amor al Amor de Dios que lo invita siempre a la comunión con Él y al servicio de los hermanos.

Ser profeta cristiano significa crecer en sensibilidad a la presencia de Dios en el corazón mismo de la historia. Y esto ciertamente no significa saber predecir el futuro, sino percibir los acontecimientos cotidianos de manera escatológica e interpretar los misterios de la fe a través de ese «lugar teológico» que es el hombre¹.

¹ Cf. P. EVDOKIMOV, *La donna e la salvezza del mondo*, Jaca Book, Milano 2017, 203.

El profeta cristiano pertenece a la vida de la Iglesia, a la presencia de Dios en el alma, a la respuesta viva al Amor de Dios. Está orientado hacia el mundo, vive en el mundo aunque no sea del mundo, y mediante su sacerdocio universal se sitúa entre la Iglesia y el mundo, como un vínculo que los une. Y este es su ministerio, que puede definirse como la introducción de la experiencia del Dios uno y trino en el tejido de la historia.

El testimonio del profeta cristiano no está, por tanto, en la línea de la perfección moral de los esfuerzos humanos, sino en la participación en la acción de Dios; no es tanto un acto de la inteligencia que llega a comprender a Dios, sino más bien es un acto de Dios que nos comprende a nosotros.

Hay dos tentaciones mundanas que corren el riesgo de atrapar al cristiano contemporáneo: dejarse absorber por las exigencias del presente, olvidando el destino eterno al que estamos llamados, y olvidar a los hombres de hoy con sus alegrías y sus tristezas, sus miedos y sus dudas, centrando todo en la eternidad².

La profecía del cristiano, radicalmente humana, no se deja atrapar por ninguna de las dos tentaciones descritas, sino que cada día, responsablemente, lleva dentro de sí, inseparablemente unidos, a Dios y al mundo.

II. Madeleine Delbrêl. La raíz del profetismo cristiano: la danza de la obediencia en el mundo

Entre los numerosos testigos contemporáneos que expresan a nivel existencial el ser profético del cristiano en la sacramentalidad de la vida cotidiana a través de sus palabras y miradas visionarias, está Madeleine Delbrêl.

Madeleine nació en Mussidan, Francia, el 24 de octubre de 1904 y muere en Francia, en Ivry-sur-Seine, el 13 de octubre de 1964. A los diecisiete años, se declara atea radical y escribe: «Dios ha muerto... ¡viva la muerte!». La amistad con algunos jóvenes cristianos y, sobre todo, el ingreso del joven al que amaba en la orden dominicana, la impulsan a considerar la existencia de Dios como posible. Este acontecimiento la lleva lentamente a la conversión, constituida por su encuentro con Dios, probablemente el 29 de marzo de 1924, en la iglesia de Santo Domingo de París.

Trabajadora social muy activa, Madeleine trabajó en los suburbios obreros de París, en Ivry-sur-Seine, donde a partir de 1933 compartió una sencilla vida fraterna con algunas mujeres, con el

² Cf. C. GHIDELLI, *Spiritualità conciliare*, Edizioni ocd, Roma 2015, 54.

deseo de establecer una “vida de familia” con los habitantes de su barrio, viviendo en el mundo el doble amor a Dios y al prójimo.

El municipio comunista la sitúa en un entorno marcado por un duro enfrentamiento entre comunistas y católicos. Madeleine, impulsada por su fe y los problemas que aquejan a la población, no duda en colaborar con todos, pero siempre oponiéndose al ateísmo marxista y ofreciendo continuamente las motivaciones evangélicas de sus decisiones.

La fe vivida en un entorno ateo se ve continuamente cuestionada por las preguntas de los no creyentes sobre lo fundamental de la vida cristiana. Ante este llamado a la coherencia, Madeleine afirma que el entorno ateo es una circunstancia favorable para la propia y continua conversión cristiana.

En su vida, lo esencial se expresó en la referencia constante a los dos mandamientos, unidos e interdependientes, de amar a Dios y al prójimo, y al Evangelio como regla de vida que le permitió entrar en un tipo de conformación con Cristo que la hacía apta para todo tipo de encuentro.

Madeleine volvía siempre al Evangelio para intentar dar forma a su vida; lo leía y lo releía, lo copiaba, lo anotaba y lo escudriñaba para obedecer, en el sentido de *ob-audire*, para escuchar todas sus enseñanzas, para poder detectar en sí misma todo lo que hubiera podido romper su cristificación.

Tras treinta años viviendo en Ivry, a principios de la década de 1960 Madeleine está convencida de que el ateísmo comunista ha quedado obsoleto y de que otras formas de ateísmo, quizás más exigentes, están al alcance de la mano. Para ella, estos entornos ateos constituyen la provocación perfecta para revitalizar la fe como un don inmerecido y preciado.

Lo esencial para un cristiano es su bautismo y Madeleine hizo de las frases del primer diálogo entre la Iglesia y el bautizado el eje de su vida, pidiendo a la Iglesia el don de la fe, profesando la certeza de la vida eterna y comprometiéndose a observar los dos mandamientos que fundan la vida cristiana: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, y al prójimo como a sí misma.

No tendrá otro apoyo que este: la fe y el Evangelio, la vida divina y los dos mandamientos mencionados. La intuición de Magdalena de la totalidad de Dios y lo poco del hombre le revela la oportunidad única que le ofrece Jesucristo, Dios-hombre, el Viviente, de quien ha elegido ser discípula:

con el bautismo, el cristiano intercambia su libertad por la libertad de Cristo. Es libre porque la Iglesia es supremamente libre, pero ya

no tiene derecho a elegir un estado de vida distinto al de Cristo, una acción distinta a la de Cristo, ni un pensamiento distinto al de Cristo³.

El realismo cristiano de Madeleine consiste en vivir con la certeza de que es Dios quien guía los acontecimientos y que Cristo y su mensaje son inmutables, no opcionales: el Evangelio pertenece a los profetas y discípulos cristianos que desean escuchar la Palabra. Y en esta escucha, en esta verdadera obediencia, residen para ella la concreción, la fuerza, la alegría y la docilidad de quien baila la danza de la obediencia, que es la base de su ser mujer profética:

Señor, enséñanos el lugar que ocupa la danza de nuestra obediencia en el romance eterno que nació entre ti y nosotros. Revélanos la gran orquesta de tus designios: en ella, lo que permites produce sonidos extraños en la serenidad de lo que deseas. Enséñanos a vestir nuestra condición humana cada día como un vestido de gala, que nos hará amar cada detalle de ti, como joyas indispensables. Que vivamos nuestra vida, no como una partida de ajedrez donde todo está calculado, no como una partida donde todo es difícil, no como un teorema que nos destroza la cabeza, sino como una danza, en los brazos de tu gracia, en la música que llena el universo de amor⁴.

La fe cristiana se arraiga en ser hijos de Dios en Cristo con todos los hermanos y hermanas que están en Él, el Salvador, en su dimensión actual y total, que no es solo la del Dios-hombre Jesús de Palestina, sino la del Jesús de ahora, la Iglesia. Y con la Iglesia y en la Iglesia, Madeleine se acerca a su prójimo y cumple su misión como persona bautizada: «dos mil años de Iglesia nos han enseñado que solo esta Iglesia es idónea, en el sentido estricto de la palabra, para vivir el Evangelio. No se puede vivir una vida evangélica realista en una vida eclesial abstracta»⁵.

Plenamente arraigada en la Iglesia, Madeleine vive la vida misionera, que para ella constituye la plenitud de la vida cristiana, llevando el Evangelio allí donde se encuentra, en el mundo que habita, como unión de dos caras que parecen opuestas pero que, en cambio, en ella se unen: una que tiene su origen en la promesa de Dios que salva, la otra que desciende hasta el rechazo de ese Dios.

En su texto más famoso, *Nosotros de la calle*, escribe proféticamente que sabemos dos cosas con certeza:

³ M. DELBRËL, *Missionari senza battello*, Messaggero, Padova 2004, 113. Las traducciones al español son mías, si no se indica otra cosa.

⁴ M. DELBRËL, *Noi delle strade*, Gribaudo, Milano 1988, 139.

⁵ *Ibid.*, 167.

primero, que todo lo que hacemos solo puede ser pequeño; segundo, que todo lo que Dios hace es grande. Y esta es la fuente de nuestra tranquilidad ante la acción, la fuente de nuestra paz interior y el antídoto contra toda forma de agitación y preocupación⁶.

El fundamento de todo camino espiritual cristiano es siempre el asombro ante lo infinitamente pequeño e infinitamente pobre que nosotros, criaturas humanas, somos capaces, sin embargo, de gozar de una grandeza y de un esplendor gratuito que viene a tomar posesión de nuestra pequeñez y de nuestra pobreza.

III. La fidelidad de nuestra fe cristiana

Fiel a su bautismo, Madeleine integra a San Juan de la Cruz en su espiritualidad y une la luz y la noche en la realidad de la fe. Cito un conocido texto del místico español:

De aquí es que, para el alma, esta excesiva luz que se le da de fe le es oscura tiniebla, porque lo más priva (y vence) lo menos, así como la luz del sol priva otras cualesquier luces, de manera que no parezcan luces cuando ella luce, y vence nuestra potencia visiva, de manera que antes la ciega y priva de la vista que se le da, por cuanto su luz es muy desproporcionada y excesiva a la potencia visiva⁷.

Madeleine recorre este camino, porque para ella la fe es Dios al que ha encontrado cara a cara, aunque en un conocimiento de luz oscura:

si este encuentro es el deslumbramiento de todo nuestro ser por Dios, esto, para ser cierto, debe ser completamente oscuro. Tener una fe viva significa estar cegado por ella para ser guiado por ella; y es difícil aceptar lo que se llama la luz negra⁸.

Pero, aunque sea oscura, esta luz es verdadero conocimiento experiencial; y en un mundo seducido por la ciencia insiste en el realismo de la fe, hasta el punto de afirmar que creer es saber y que el cristiano, como quien trabaja en la investigación científica, es un investigador del Misterio:

la fe es la ciencia de una realidad que nos trasciende y nos concierne, una realidad sobre la que Dios mismo nos ha informado. Esta realidad se llama vida eterna. La fe es la ciencia de nuestra total

⁶ *Ibid.*, 178.

⁷ JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo* II,3, en https://www.documentacatholicaomnia.eu/03d/1542-1591,_Ioannes_a_Cruce,_La_Subida_Del_Monte_Carmelo,_ES.pdf.

⁸ M. DELBRÈL, *Chiesa, ateismo ed evangelizzazione*, Opinioni, Fossano 2006, 213-214.

ignorancia, y es la ciencia del verdadero misterio del origen de la vida, sus leyes, su evolución y su progreso⁹.

Para Madeleine, el conocimiento de la fe se realiza en la acción, ya que es un conocimiento que Dios nos ha revelado y, al mismo tiempo, también es un saber hacer, es decir, aprender a vivir nuestro tiempo cumpliendo la voluntad de Dios cada día. Así pues, en nuestra vida diaria, la fe es una escuela de fidelidad aplicada, ya que es esta virtud la que guía nuestra vida cristiana y nos hace profetas en la parte del mundo en la que nos encontramos. Delbrêl escribe: «no es lo que creemos lo que nos interroga inicialmente en el entorno contemporáneo. La insistencia de sus preguntas, aunque silenciosas, se centra en esto: ¿qué significa para ti creer?»¹⁰

Es precisamente de esta pregunta que surge el hablar del cristiano, ya que para Madeleine creer está ligado al anuncio verbal y éste no es un acto opcional para los cristianos, sino que es plenamente constitutivo de su identidad, ciertamente necesariamente vivido en la profundidad adecuada que da «vivir como Jesucristo dijo que viviéramos, hacer lo que Él dijo que hiciéramos, y vivirlo y hacerlo en nuestro tiempo»¹¹.

El cristiano está llamado a vivir la fe, don de Dios, en su vida concreta; una fe que se pone a prueba constantemente, y cuyas pruebas son como una decantación que la restaura cada vez más en su pureza original. Delbrêl escribe:

las pequeñas circunstancias de la vida son fieles “superiores”, no nos abandonan ni un instante, y los “síes” que debemos decirles se suceden uno tras otro. Cuando nos abandonamos a ellas sin resistencia, nos liberamos de nosotros mismos y entonces flotamos en la Providencia como un corcho en el agua¹².

Madeleine es consciente de que no podemos dar la fe a los demás; solo debemos anunciarla, porque es lo que hemos recibido gratuitamente, lo que vivimos y lo que estamos llamados a hacer presente al mundo. Para ella, la fe coincide con «esta encarnación de la Palabra de Dios en nosotros, esta docilidad a dejarnos plasmar por ella porque no tenemos derecho a dejar que la Palabra de Dios duerma en nosotros»¹³.

⁹ *Ibid.*, 289.

¹⁰ M. DELBRÊL, *Il Vangelo nella città*, Centro Eucarístico, Bergamo 2004, 242.

¹¹ *Ibid.*, 244.

¹² M. DELBRÊL, *Noi delle strade*, 67.

¹³ M. DELBRÊL, *Abbagliata da Dio*, Gribaudi, Milano 2007, 34.

La fe, por lo tanto, es en sí misma un acontecimiento misionero. Y, como afirma Madeleine: «los cristianos son personas que profesan su fe como otros profesan a sus médicos»¹⁴.

IV. El profeta laico vive en Cristo en el mundo sirviendo al prójimo

¿Quién es nuestro prójimo para Madeleine Delbrêl? ¿A quiénes somos enviados como cristianos? Para ella, son las personas que no hemos elegido conocer, pero a quienes Dios ha querido y permitido que estén presentes en nuestras vidas. Ni siquiera son exclusivamente quienes desean conocernos; Madeleine habla de relaciones evangélicas “al alcance del oído” o, más bien, de las que “van” de Cristo, al transformar barrios sin contactos en verdadera proximidad, utilizando los caminos preparados por el Señor antes de inventar los nuestros¹⁵.

Así, nuestro prójimo inmediato puede ser tanto el creyente como el ateo, quien, a raíz del Sermón de la Montaña, aún necesita ser abordado con autenticidad como hermano o hermana. Y, sobre todo, tiene derecho a encontrar ante sí a un hombre o una mujer con experiencia cristiana.

Madeleine describe en sus escritos las cualidades que deben distinguir a los cristianos auténticamente proféticos que desean estar cerca de sus hermanos: están muy atentos a los hechos cotidianos y a cada acontecimiento que viven; no guardan silencio sobre lo que son ni lo que creen; y no obedecen al miedo, especialmente al comparar lo que creen con lo que ven los demás. Citando el famoso pasaje de la *Carta a Diogneto*, «viven en el mundo, pero no son del mundo»¹⁶ y permanecen fieles a Dios y a los hombres. Por lo tanto: «sus pasos caminan por una sola calle, pero su corazón late en el mundo entero y por eso sus actos, en los que no saben distinguir entre acción y oración, unen tan perfectamente el Amor de Dios y el amor a los hermanos»¹⁷.

Además, estos cristianos son hombres y mujeres que viven una relación profunda con Dios, que dicen lo que Dios les dice y hacen lo que Dios les dice que hagan. Delbrêl escribe: «cuéntaselo a la

¹⁴ *Ibid.*, 83.

¹⁵ Cf. A. LUMINI, *Spirito Santo. Maternità divina, amore in azione*, Paoline, Milano 2019, 45.

¹⁶ E. NORELLI (a cura di), *A Diogneto*, Edizioni Paoline, Milano 1991, 67.

¹⁷ M. DELBRÊL, *La vocazione: condividere la vita con chi si ama*, Gribaudi, Milano 2007, 56.

gente que no sabe quién es Cristo, qué dijo y qué hizo, para que lo sepan, y para que sepan que estamos seguros de ello»¹⁸.

Tal es la actitud profética de Magdalena que evangeliza pero no convierte, anuncia la fe pero no la da, siempre respetuosa del primado de Dios así como de la libertad de los demás; ella que, con San Pablo, no se predica a sí misma sino solo a Jesucristo, afirma: «Jesús no nos pidió que fuéramos ejemplos maravillosos de su doctrina; el ejemplo de la doctrina que debemos dar es Él mismo, la historia de su vida»¹⁹.

Al cristiano solo se le piden dos cosas según Madeleine: «que nos amamos unos a otros y que nuestra vida contenga acciones que presuponen a Alguien invisible pero Vivo, intocable pero Actuante»²⁰.

La bondad de corazón que proviene de Cristo es, para el corazón del prójimo, el anuncio de Dios mismo. Por eso, es necesario que el cristiano sea pobre de espíritu, es decir, vaciado por dentro, vaciándose al máximo para dar cabida a Dios, a un hombre o una mujer que se ha dejado encontrar por Él en su vida.

El profeta cristiano vive y ama sin ideas prefabricadas que lo enjaulen, sin prejuicios ni ideologías que lo guíen, y camina en el mundo hacia el Señor consciente de que Él no se encuentra solo al final, sino que está ya presente en el camino mismo, y que por eso es siempre y completamente humano-espiritual.

Madeleine, como los auténticos profetas, supo leer los signos de su tiempo histórico y se comprometió en una evangelización que promoviera el crecimiento humano-espiritual de los pueblos y el diálogo, en la medida de lo posible, entre los cristianos y todos los hombres y mujeres dispuestos a acogerlo.

V. La santidad hoy: un Espíritu que sopló en todos lugares

El asombro de Madeleine proviene de percibir el poder iluminador del Espíritu Santo en nuestros corazones. Y una vez más, enfatiza el concepto de la totalidad divina en la pobreza humana. El don de la santificación es gratuito y total, y solo puede encarnarse en la pobreza reconocida, aceptada y acogida de la criatura.

De esta manera, no hay acciones ni momentos más o menos sagrados en la vida del creyente. Todo cobra importancia para la santificación. En una actitud dócil de abandono confiado, para

¹⁸ M. DELBRËL, *Amore indivisibile*, Piemme, Milano 1994, 186.

¹⁹ *Ibid.*, 167.

²⁰ M. DELBRËL, *La vocazione: condividere la vita con chi si ama*, 78.

Madeleine, podemos recibir a Dios plenamente y, al mismo tiempo, devolverlo plenamente, con una gran libertad de espíritu. La acogida contemplativa y el testimonio misionero coinciden así a la perfección: un mismo acto de amor y abandono nos permite vivir la doble experiencia de quien recibe y da a Dios²¹.

Cada realidad, cada persona, cada encuentro, cada acontecimiento es, para Delbrèl, Dios que viene a buscarnos, y debemos aprender a dejarnos encontrar y a dejarle actuar:

no importa lo que tengamos que hacer: sostener una escoba o una pluma estilográfica. Hablar o callar, remendar o dar una conferencia, curar a un enfermo o escribir a máquina. Todo esto es solo la cáscara de la espléndida realidad, el encuentro del alma con Dios renovada a cada minuto, que cada minuto crece en gracia, cada vez más hermosa para su Dios. ¿Llaman? ¡Rápido, abramos la puerta! Es Dios quien viene a amarnos. ¿Una información? Aquí está, es Dios quien viene a amarnos. Dejémoslo que lo haga²².

Son muchas las acciones cotidianas, aparentemente insignificantes, que si las acogimos con confianza y amor nos permiten salir de nosotros mismos.

En el mismo contexto, para Madeleine cobra importancia unificar toda la vida (pensamientos, sentimientos, deseos, voluntad, decisiones, acciones) en torno a esta actitud de abandono confiado. A menudo vivimos en compartimentos separados, seleccionando una jerarquía de valores según su mayor o menor importancia; en cambio, Madeleine nos enseña a vivir la oración como acción y la acción como oración, invitándonos a comprometernos completamente en todo, paradójicamente, como si la oración no existiera, pero al mismo tiempo a no emprender nada sin haber orado antes, como si solo existiera la oración:

la frase del Señor que hemos extraído del Evangelio en una misa matutina, en un viaje en metro, entre una tarea doméstica y otra, o por la noche en la cama, ya no debe abandonarnos, como tampoco nos abandona nuestra vida ni nuestro espíritu. Quiere fecundar, modificar, renovar el apretón de manos que debemos dar, el esfuerzo que dedicamos a nuestras tareas, nuestra mirada a quienes encontramos, nuestra reacción ante el cansancio, nuestro sobresalto ante el dolor, la apertura a nuestra alegría. Quiere estar con nosotros, dondequiera que nos encontremos²³.

²¹ J. SARAIVA MARTINS, *La santità è possibile*, Libreria editrice Vaticana, Città del Vaticano 2014, 78.

²² M. DELBRÈL, *Noi delle strade*, 70.

²³ M. DELBRÈL, *Sofferenza e gioia*, Gribaudi, Milano 2021, 34.

En sus escritos, Delbrêl repite de diversas maneras que a menudo vivimos en constante espera de una “oportunidad” (la posibilidad del martirio, o en todo caso, de hacer algo grande y significativo que pase a la historia), dejando de lado y descuidando, sin embargo, las mil “oportunidades” que se nos presentan en la vida cotidiana. Y señala: «Dios mío, estás en todas partes. ¿Cómo es que estoy tan a menudo en otro lugar?»²⁴

Porque la santidad cristiana no consiste en un gran heroísmo, sino en dejarse conducir dócilmente cada día por el camino trazado por Dios:

el hecho de abandonarnos a la voluntad de Dios nos entrega al mismo tiempo a la Iglesia, que por esta misma voluntad se convierte constantemente en salvadora y madre de gracia. Cada acto dócil nos hace recibir y entregar plenamente a Dios con una gran libertad de espíritu. Entonces la vida es una celebración²⁵.

A menudo pensamos en la santidad como una meta, algo que se alcanza mediante nuestro propio esfuerzo y méritos, algo extraordinario que necesariamente implica acontecimientos sobrenaturales. En cambio, la santidad cristiana está al principio, no al final, del camino del bautizado.

El cristiano posee todo lo que necesita para caminar en Cristo, con Cristo y para Cristo, en el soplo del Espíritu Santo, porque tiene el bautismo: ésta es su santidad y el fundamento de la espiritualidad cristiana.

La vida cotidiana es el lugar de nuestra santificación, no en la resignación ni en la planificación rigurosa y detallada de cada detalle de nuestros días, sino en la alegría y la fuerza de dejarnos guiar por la acción del Espíritu, aprendiendo a descubrir en cada realidad un sacramento de plenitud de vida. Madeleine escribe:

nosotros, la gente de la calle, creemos con todas nuestras fuerzas que esta calle, este mundo donde Dios nos ha puesto, es para nosotros el lugar de nuestra santidad. Creemos que no nos falta nada necesario. Porque si nos faltara algo necesario, Dios ya nos lo habría dado²⁶.

VI. Síntesis de la espiritualidad delbreliana

Todo profeta auténtico es siempre un punto de unidad en la Iglesia, una palabra de actualidad, una invitación a aprovechar el

²⁴ *Ibid.*, 45.

²⁵ M. DELBRÊL, *Noi delle strade*, 69.

²⁶ *Ibid.*, 90.

tiempo presente y un enviado del Espíritu Santo para edificar, exhortar, consolar y animar, para ayudar a responder con valentía a los desafíos del tiempo presente.

Madeleine estuvo atenta a los signos de la Providencia en su vida, y uno de ellos reside precisamente en su nombre y en la santa que es su patrona. En la mañana de Pascua, las mujeres encontraron la tumba vacía, pero María Magdalena no aceptó este vacío, no aceptó que su Señor hubiera desaparecido. Por eso permaneció junto a la tumba, se inclinó, miró y fue la primera en volver a ver a Cristo²⁷. De esta manera, Madeleine, frente al ateísmo de su tiempo, profundizó su búsqueda, se entregó por completo al Evangelio y, dejándose encontrar por Dios, recibió la plenitud profética de su vocación.

Queriendo esbozar una síntesis de su vocación, quisiera subrayar cómo ésta incluye:

anunciar a Dios y sobre todo testimoniarlo en la vida cotidiana como novedad de la vida divina;

acoger siempre al otro-prójimo, nunca percibido como una amenaza, sino siempre como aquel a través del cual recibimos a Cristo hoy;

conocer nuestro tiempo, para amarlo y poder actuar en él con un amor lo más parecido posible al de Dios Padre;

aprender a acoger el Amor y la alegría de nuestros días junto a la Cruz, porque siempre van de la mano;

vivir en la humildad como una virtud continuamente requerida, en la conciencia de que nunca se obtendrá completamente;

Renunciar a querer ser modelos excepcionales de santidad para convertirse cada vez más en «simples santos anónimos»²⁸, escribió el Papa Francisco sobre la «santidad de la puerta de al lado»²⁹; porque el cristiano sabe bien que todo lo que hace es pequeño y solo lo que hace Dios es grande.

²⁷ Y. POITRAS, *MADELEINE DELBRÈL MAESTRA SPIRITUALE*, Elledici, Torino 2010, 130.

²⁸ *Ibid.*, 139.

²⁹ PAPA FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* 7, en www.vatican.va.